



Durante mucho tiempo, casi todo el Campo de Gibraltar vivió a la sombra del Peñón. Ahora, la zona necesita urgentemente reconvertir su economía para independizarse. Los obreros, cuyas motos y bicicletas esperan junto a la aduana, necesitan puestos de trabajo ante un eventual recrudescimiento de las tensiones. Son momentos de incertidumbre. Los llanitos —«andaluces con pasaporte británico»— radicalizan su postura, ante las medidas previstas en el tratado de Utreht.



GIBRALTAR

25.000 FAMILIAS ANTE UN PROBLEMA

por VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

FRENTE al edificio amarillento de la Aduana, en la Explanada, está el guardia José Díaz, estudioso de la medicina natural, que dice ser el «verdadero y único hijo de Anastasia, mi vieja». El reseco viento de Levante balancea las hojas de palmera y mueve las ramas de acacia, bajo cuya sombra seestean inmóviles las bicicletas y motos —cien, doscientas, acaso más— que esperan aquí la salida de sus dueños. Estos nacieron en La Línea, en San Roque, en Algeciras, en Los Barrios, en Tarifa, en Cádiz, en Málaga, en Córdoba, en Almería, en otras provincias españolas, y ahora que empieza a caer la tarde, van saliendo de ganarse el sueldo —una libra, libra y media— en Gibraltar. Han dejado atrás el letrero inglés (Welcome to Gibraltar), han cruzado la verja y mostrado el pase verde, han subido a los coches de la International Buses (Market Place to Four Corners and viceversa), que los llevan hasta la aduana española, a través de un campo donde pastan las vacas entre los bunkers abandonados, y aquí bajan con su bolsa de plástico en la mano —dentro va la tartera con los restos del costo— para someterse a la inspección reglamen- **SIGUE**



Para el Campo de Gibraltar, cerrada casi por completo la comunicación con el Peñón, es vital el desarrollo económico y la industrialización de la zona. El sector sonas. Las fábricas no llegan aún. El campo es poco productivo y los cultivos son extensivos. La Línea tiene sesenta mil habitantes y carece de industria. Las abundantes ob

taria antes de coger la bicicleta, la moto o marchar a pie a sus casas.

Son siete mil.

* * *

Esta es la Explanada o plaza del Generalísimo. Allí, la aduana. Más allá, el nuevo edificio de Correos y Telégrafos; detrás, el nuevo cuartel de la Guardia Civil, la nueva escuela. La calle Gibraltar, un barrio chino decadente, de casas bajas con puerta verde y verde celosía moruna en la ventana. La calle San José. La calle Real, con sus comercios. Más calles. Y bares y cafés: en los servicios señoras-ladies. Y una *peluquería-barber's shop*. Y otra *peluquería higiénica*, para vencer escrúpulos sajones... En una esquina, un hombre frente a treinta manojos de yerba.

—A siete pesetas. Es mata de camachuelo, que se pone junto al reclamo, en medio de la red, para cazar los pájaros: verderones, camachuelos y jilgueros. Como hoy no salí a la mar, me fui a buscar unas matas a ver si me sacaba los cuarenta durillos para la casa. Ahora me quiero colocar en la fábrica del pescado, que aunque no dan mucho es una cosa segura. Porque no se crea usted, aquí con mil pesetas a la semana no se tira muy bien.

La carne estaba cara en La Línea —una libra esterlina son 170 pesetas— y la verdura también. Por la Explanada entraban a Gibraltar los carros de verdura, los de carne y los de pescado. Todo venía de fuera. La Línea no tiene apenas término municipal: sólo dieciocho kilómetros cuadrados, donde se derrama un caserío de viviendas bajas y pequeñas formando calles que, a veces, alcanzan los doscientos números... Por la Explanada pasan, camino de la calle Real, las mujeres de La Línea, de vitalidad exuberante como las pintara Cruz Herrera, la gloria local junto al torero Carlos Corbacho. Y están los limpiabotas, morenos, casi renegridos, algunos llegados de fuera —«Yo vine de Almería, hace cinco años. Me la dejé mala. Pero ahora dicen que está mejor»— en busca de trabajo...

Así llegaron muchos. La Línea pasó de ser aldea de San Roque a la ciudad que es hoy, en menos de un siglo. En la gran guerra subió a los veinte mil habitantes: el arsenal del Peñón ocupaba por entonces a unos siete mil obreros. Luego vino el fin de la guerra. Los trabajadores más antiguos de Gibraltar recuerdan todavía el «muelle de la emigración», por donde la gente embarcaba a Sudamérica. Los años de Dantzig y Pearl Harbour dieron otro empujón a la ciudad: todos los brazos eran pocos para el carboneo y había pases para todos... Después estaba el matuteo, la venta de provisiones al Peñón, los turistas. Y se formó una ciudad de sesenta mil habitantes.

Eran diez mil más en 1954: 71.511 personas. En 1955: 58.456. ¿Qué tiene que ocurrir para que abandonen una ciudad más del 18 por 100 de sus habitantes? En La Línea, al principio,

no ocurrió nada. Fue en el Peñón. La reina Isabel lo visitó. Luego vinieron las medidas españolas: dejaron de concederse pases, y sólo aquellos que tuvieron su padre empleado allí podían heredar la sinecura laboral a la muerte de éste. Así, en 1965, de los 6.030 obreros, 2.041 habían nacido antes de 1917 (mayores de cincuenta años) y únicamente veinte nacieron después de 1936; de las 2.062 obreras, 1.374 habían nacido antes de 1917 y sólo cuatro después de 1936. La ma-

vertical y no agrupa a los patronos porque son gibraltareños y permite la huelga; depende de la Vicesecretaría de Ordenación Social. Antes, hace años, cuando había pases y muchos a trabajar, los puestos se lograban en subasta. Una subasta al revés: ganaba quien pedía menos dinero por trabajar. Ahora sacan entre seis y doce libras a la semana. Sólo esto, porque se acabó el *mandao*.

—Podíamos traer, todos los lunes, un kilo de azúcar, dos latas de leche condensada, dos cuar-



Pasada la verja de Gibraltar, los obreros españoles enseñan el pase verde. Son siete mil, la mayoría de La Línea. Casi todos han cumplido ya los cuarenta años y muchos pasan de los cincuenta. Dificiles de adaptar.

yoría de los hombres son peones; la mayoría de las mujeres sirvientas. Casi todos sin especialidad concreta. Las «Trade Unions» gibraltareñas se forman con oficinistas, empacados, comerciantes... Es la fuerza del gobierno laborista del Peñón. Durante mucho tiempo los españoles no tuvieron nada; hoy tienen allí un retiro de treinta y tantas mil pesetas, o más, al cesar en el trabajo, y otro por el sindicato de aquí. Este sindicato español de los trabajadores españoles en Gibraltar no es

terones de café, media libra de mantequilla, medio bulto de jabón y un cuarterón de tabaco. Con eso, sabe usted, siempre se sacaba uno algo más.

Este era el *mandao*. No contrabando, sino una especie de licencia individual de importación. Los trabajadores tenían la obligación de cambiar el 80 por 100 de su salario y con el 20 restante podían traer cosas en determinados días. El tabaco a diario, abierto. Los fumadores del Sur recuerdan aquellos paquetes de picadura —Cuba-



servicios predomina sobre los demás y la perspectiva se presenta rara. La gran refinera que se construye, sólo dará trabajo, por ahora, a medio millar de personas municipales que se emprenden por los pueblos del Campo, son remedios de urgencia, pero no resuelven el problema. Millares de familias viven momentos de ansiedad.

nito, Jorge Russo, A. J. Vasques— y los liados —Povedano, Colón— que se compraban abiertos... Alguna cosa se pasaba de matute. El matuteo era otra fuente de ingresos, como un sobresueldo: «Mi hermana se compró la blaaquería con los dos paquetillos de tabaco diario». Hoy es difícil encontrar tabaco inglés. Tampoco se pone interés en hallarlo: cuesta la cajetilla siete duros, uno más que en Madrid. La gente fuma canario.

No ha bajado la carne en La Línea. Lo que

tas que entraban antes... Y los hoteles, los comercios, los camareros, los empleados, todo lo que se agrupa en el sector «servicios» cuenta mucho en La Línea y en el Campo de Gibraltar. De los 1.743 millones de renta (excluida la de los trabajadores en el Peñón) que tiene el Campo, 950 son del sector servicios.

«¿Comprende usted? Si aquí hubieran hecho tres o cuatro fábricas, nadie se preocuparía. Porque para ir allá tienen que levantarse a las cinco,

Gibraltar no aparcen ya junto a las plazas de toros. Permanecen inútiles y encerrados en el Peñón, sin usar la gasolina a cinco pesetas el litro, que tantos coches españoles y extranjeros traían en sus depósitos repletos para venderla en España. También el comercio de allí las pasa mal. Los veinticinco mil habitantes de la colonia no son bastantes para sostenerlo. Ahora han llegado algunos argelinos, mano de obra más barata que la española, pero peor. El español los ve llegar y se pregunta por su futuro, incierto entre las tensiones crecientes. Me lo dicen en estos bares de La Línea, donde un letrero avisa «Prohibido el cante» y otro, más extenso, invita a los productores a formarse profesionalmente: «¡PRODUCTOR! ¿Tienes la ambición natural de mejorar tu nivel de vida, salir de tu condición de peón, ya sea del campo o de la industria y hacerte un productor especializado?». Los llaman para el IX curso de F. P. A., que empieza el 9 de enero. Los casados reciben 50 pesetas; los solteros, 40. Hay que ser mayor de dieciocho y menor de cuarenta y uno... «¿Dónde nos colocaríamos nosotros, los que trabajamos en Gibraltar y somos viejos?».

Busco la respuesta por el Campo de Gibraltar. Desde lo alto de un búnker próximo a la refinera de Puente Mayorga, busco las chimeneas que hagan compañía a estas tres, en construcción, de la CEPSA. Pero no están. Están muy lejos: en Avilés, en Bilbao, en Barcelona... Aquí, no. Y las fábricas de por ahí tienen el cupo cubierto. Y el puerto de Algeciras. Y las manos que manejan la tirolesa que recubre las paredes de los chalets de la costa malagueña de la blanca mezcla —mármol molido, cemento y agua— para que resistan al agua y el viento de levante, sobran. Desde este búnker, rodeado de una tierra pelada donde la hierba otoñea ahora entre los secos cardos del verano, se ve San Roque —«la muy noble y muy leal ciudad de San Roque donde reside la de Gibraltar»—; y luego colinas solitarias y rocas donde ramonea una pitarra de cabras; la estructura de la refinera con sus depósitos amarillos y sus vigas pintadas de minio protector; el leviatán orográfico del Peñón cuya extranjería se siente aquí como en ningún sitio; La Línea llana y blanca, la sierra Carbonera... «Si el Peñón estuviera en Barcelona, Gibraltar sería español», me decía el alcalde de La Línea. Hay mucho de aquí a Barcelona. Y a la Suecia de 1960, cuyo nivel se pretende alcanzar para 1990, con una inversión de 90.000 millones de pesetas, que hará una ciudad de toda la bahía con seiscientos mil habitantes.

Trabajan unos dos mil obreros en la refinera. Fijos algunos espataces y los maquinistas. Hay en ella gente de Los Barrios, «donde se fabrica el corcho» y de los pueblos cercanos. Muchos eventuales, como en todo el Sur. Cuando esté lista dará trabajo a menos de quinientos —la mitad técnicos de fuera— por su gran automación. La refinera es anterior al Plan. **SIGUE**



En la aduana española se procede a la inspección reglamentaria. Los obreros españoles ya no traen nada del Peñón. Pasaron los tiempos del mandeo, y también los del matuteo, un contrabando de pobres.

pasa es que ahora traen menos. Y menos verdura. La clientela fuerte, la que pagaba en pesetas traducidas de libras, no entra. Los comercios de ultramarinos venden más: tienen siete mil familias como nuevos parroquianos. Buenos clientes, con dinero seguro. Los otros han perdido veintidós millones de pesetas que dejaban las familias gibraltareñas. Algunos cerraron. Los hoteles vieron disminuir sus huéspedes: el Universal, l. B, cerró cinco meses durante el invierno. Faltan los turis-

para estar en los *doquet* a las seis. Las *cientas sesenta* que ganan allí las podrían ganar aquí... Pero aquí las *cientas sesenta* había que ganarlas de otra forma. Por ejemplo, de camarero para los siete mil obreros y para los cinco mil llanitos que se descolgaban en la tarde. Los llanitos que ahora se sienten enclaustrados en el Peñón y que eran seguidores de la *Balona* (el club de fútbol Balompédica Linense) y que iban a Jerez a ver torear a Corbacho. Los diez mil coches de



dm

cumpla con su beber!

Donde está la juventud, está Ginebra BURDON'S.
Con BURDON'S, cualquier coctel se convierte en una
aventura deliciosa.
Con BURDON'S, las aguas tónicas, las bebidas colas y los
zumos se hacen más audaces y atrevidos.
Es que BURDON'S es la ginebra alegre.
La ginebra exactamente seca, con la fuerza justa.
¡Cumpla con su beber con BURDON'S!



BURDON'S
DRY GIN
su ginebra, señor!

Y también el complejo petroquímico que se construye. Lo demás no ha llegado aún. Y su llegada es la única esperanza para mucha gente, que tiene que comer todos los días y que ve amenazada ahora su comida.

Castellar es también del Campo. Y Almoraima, Guadiaro, El Tesorillo, Jimena, Tarifa, Los Barrios... Los billetes para Castellar los venden en un local de La Línea cercano de la calle Real. Junto a la ventanilla, haciendo compañía a un letrero turístico de la Costa del Sol, la empresa ha puesto dos avisos: «Los coches salen por el reloj de la oficina». «Se facilitan billetes precio reducido para trabajadores con destino al extranjero».

El autocar para Gaucín, que deja a 12 kilómetros de Castellar, sale a las cuatro y media «por el reloj de la oficina». El autocar va lleno de cajas, de paquetes y de bolsas, y lleva su reloj puntualmente parado a las nueve y flaquéado por una cédula de Sanidad Nacional y una estampa de la Virgen del Pilar. En el viaje han ido subiendo hombres del campo, con talegas al brazo. El autocar se pone como un vagón del metro y el cobrador se enfada. Antes de llegar a Guadiaro pasamos por Sotogrande, un complejo turístico, donde trabajan muchos hombres. Sotogrande tiene viviendas familiares de dieciséis millones de pesetas y un campo de golf con veintisiete hoyos y césped importado especialmente de U. S. A.; para ser socio de este club de golf hay que pagar cincuenta mil pesetas. La carretera pasa luego por Guadiaro y va junto al río, con los márgenes llenos de cañaverales florecidos, donde los naranjales de regadío hacen amable el paisaje. Es tierra de Tesorillo. Y allí está el cruce para Castellar, donde el terreno es más triste, con alcornoques y pastos, y donde un puente salva el río Hozgarganta. Una choza de adobes y juncos, blanqueada, sirve de cantina. Algunos hombres hablan de la epidemia equina que diezma el ganado: «En Los Barrios ha muerto una pila de bestias». «Por ahí están vacunando, la estación parecía una feria con tanto gano». Es mala cosa la epidemia para esta gente, con pocos medios de vida.

—En invierno se pasa mal. En verano todavía tenemos dos o tres meses de trabajo con esto del corcho y se puede uno sacar treinta y tantos duros por día. La siega deja ya poco, porque con lo de las máquinas sólo se hacen a mano las veras... Esto es todo del duque, que yo he oído siempre decir que tiene veinte dehesas, desde allí enfrente, por esa mangoleta que está más allá del río, hasta más allá de Almoraima. Ahora tienen venados en el coto y no dejan a los colonos tener cabras. La gente de Jimena, que es más echá pa alante ha matado algunos. Este verano venían aquí mismo a comerse esos maíces de ahí. También bajan a beber...

Un folleto del Consejo Económico Sindical del Campo de Gibraltar informa: «Del cuadro siguiente se desprende la desigual distribución de las tierras en la comarca considerada, donde un 5,48 por 100 de los propietarios poseen un 78,87 por 100 en tierras de extensión superior a las 100 Has. En cambio, el 94,52 por 100 de los propietarios sólo son del 21,13 por 100 de la superficie total. Las fincas clasificadas son de cultivo, forestal y pastos».

El informe se refiere a todo el Campo de Gibraltar.

(Reportaje gráfico: GIGI CORBETTA)

GIBRALTAR



Los cañones del Peñón. Al fondo, La Línea, una ciudad de aluvión, que en menos de un siglo llegó a los setenta mil habitantes. Detrás, la sierra Carbonera y el Campo de Gibraltar. Ahí está otro problema.



Cuando desaparezcan los monos, Inglaterra perderá el Peñón, se ha dicho. Los monos de Gibraltar están muy bien cuidados. Casi tanto como los docks, que tanta importancia tuvieron en otro tiempo para el Imperio.